

INESLE

INSTITUTO
DE ESTUDIOS
LEGISLATIVOS

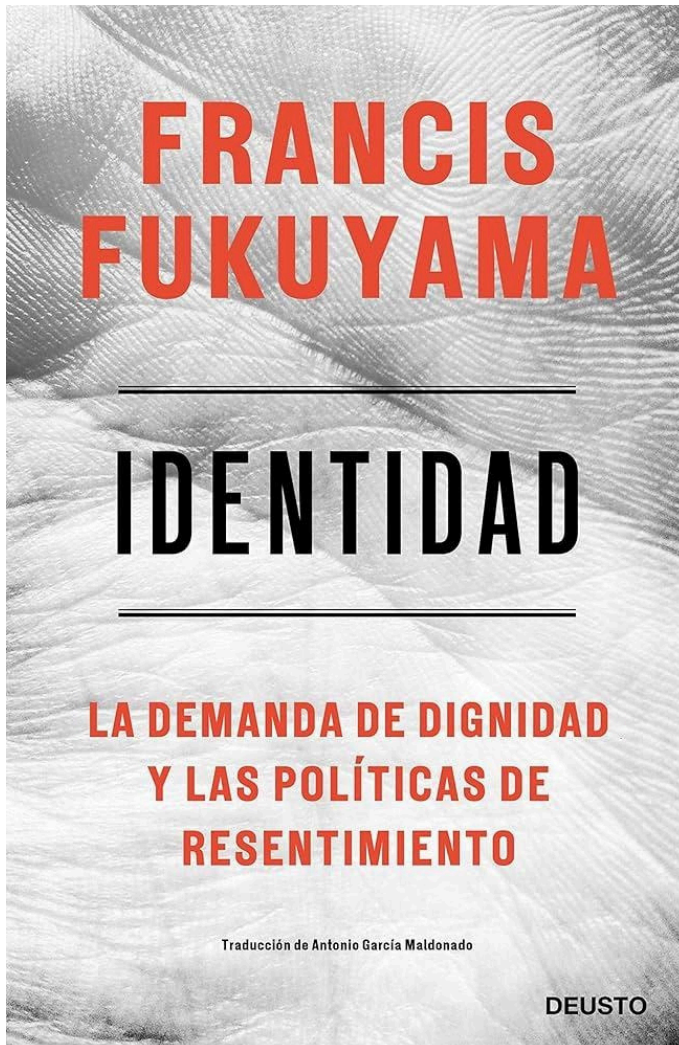
OCTUBRE 2025

S Í N T E S I S

IDENTIDAD

LA DEMANDA DE DIGNIDAD Y LAS POLÍTICAS DE RESENTIMIENTO

FRANCIS FUKUYAMA



Francis Fukuyama (Chicago, 1952) es escritor y politólogo estadounidense. En la actualidad es *senior fellow* en el Instituto Freeman Spogli de Estudios Internacionales de la Universidad de Stanford y dirige su Centro para la Democracia, el Desarrollo y el Estado de Derecho. Con anterioridad fue profesor en la Escuela Paul H. Nitze de Estudios Internacionales Avanzados, de la Universidad Johns Hopkins, y en la Escuela de Políticas Públicas de la Universidad George Mason.

Además, ha sido investigador en la Corporación RAND y subdirector de Planificación de Políticas del Departamento de Estado de Estados Unidos.

Es autor de *Orden y decadencia de la política*; *Los orígenes del orden político*; *El fin de la historia y el último hombre*; *Trust*, y *América en la encrucijada*.



CONGRESO

ESTADO DE MÉXICO



INESLE

INSTITUTO
DE ESTUDIOS
LEGISLATIVOS

SUMARIO

Prefacio	II
1. La política de la dignidad	19
2. La tercera parte del alma	28
3. Dentro y fuera	40
4. De la dignidad a la democracia	52
5. Revoluciones de la dignidad	56
6. Individualismo expresivo	64
7. Nacionalismo y religión	73
8. La dirección incorrecta	88
9. El hombre invisible	95
10. La democratización de la dignidad	106
11. De la identidad a las identidades	120
12. Nosotros, el pueblo	139
13. Historias de ciudadanía	154
14. ¿Qué hacer?	177
Bibliografía	199



Datos bibliográficos

Título: *Identidad: La demanda de dignidad y las políticas de resentimiento*

Autor: Francis Fukuyama

Editorial: Planeta S.A.

Año: 2019

Ciudad: Barcelona

Páginas: 206



PRINCIPALES PLANTEAMIENTOS

La política contemporánea se centra en la identidad más que en lo económico. Fukuyama señala que los conflictos políticos actuales ya no giran principalmente en torno a la desigualdad material, sino a la demanda de reconocimiento y dignidad por parte de distintos grupos sociales. El motor humano profundo es el deseo de ser reconocido (*thymós*).

Este impulso adopta dos formas:

1. Isotimia: deseo de igualdad y respeto universal.
2. Megalotimia: deseo de ser visto como superior o especial.

Ambas motivaciones están presentes en movimientos sociales y populistas.

La política de identidad surge de la percepción de desprecio o invisibilidad. Grupos definidos por raza, género, religión, orientación sexual o cultura reclaman que sus experiencias y su dignidad sean reconocidas, no solo atendidas con soluciones económicas.

Tanto la izquierda como la derecha usan la lógica identitaria. En la izquierda se manifiesta en reivindicaciones de minorías y políticas de reparación histórica; en la derecha se expresa en nacionalismos excluyentes, populismos y políticas de resentimiento de mayorías que sienten perder su estatus.



La fragmentación identitaria amenaza la democracia liberal. Cuando cada grupo se organiza en torno a agravios particulares, se debilita la noción de ciudadanía común y se dificulta la deliberación democrática, creando polarización y tribalismo político.

La solución no es negar las identidades particulares, sino integrarlas. Fukuyama propone construir una identidad nacional cívica, basada en valores universales como el Estado de derecho, la igualdad ante la ley, la tolerancia y la participación democrática.

Reforzar instituciones y educación cívica es esencial. Es necesario garantizar imparcialidad en las instituciones, ampliar oportunidades reales para todos los ciudadanos y enseñar un marco de valores compartidos que fomente la cohesión social.

La migración y la diversidad cultural deben manejarse con integración cívica. Fukuyama defiende la apertura migratoria acompañada de mecanismos claros para que los recién llegados compartan los valores democráticos y participen en la vida nacional sin generar exclusiones.

La democracia no puede reducirse al bienestar material. Las personas buscan respeto y dignidad, no solo ingresos o seguridad económica; por eso las respuestas políticas deben atender las dimensiones simbólicas y culturales de la vida social.

OCTUBRE 2025



CONGRESO
ESTADO DE MÉXICO



INESLE
INSTITUTO
DE ESTUDIOS
LEGISLATIVOS

SÍNTESIS

SÍNTESIS



PREFACIO

Francis Fukuyama explica que decidió escribir este libro tras verse sorprendido por dos acontecimientos que marcaron un giro político inesperado: la elección de Donald Trump en Estados Unidos y el referéndum del Brexit en Reino Unido, ambos en 2016. Señala que estos hechos revelaron que el malestar social contemporáneo no se explica solo por problemas económicos, sino por algo más profundo: una búsqueda de reconocimiento y dignidad que las democracias liberales no han sabido atender. Según Fukuyama, la política actual está cada vez más impulsada por cuestiones identitarias (nacionales, religiosas, étnicas o de grupo) que trascienden la simple mejora material y que se convierten en un terreno fértil para el populismo y el nacionalismo. En otras palabras, el prefacio abre el libro advirtiéndole que la lucha por la identidad se ha vuelto un desafío central para las sociedades modernas y que ignorarlo puede poner en riesgo la estabilidad de los sistemas democráticos.

1. La política de la dignidad

En este capítulo, Francis Fukuyama plantea que la búsqueda de reconocimiento ha sido una fuerza constante en la historia humana y que hoy está en el centro de muchas

tensiones políticas. Explica que, más allá de la simple necesidad de bienestar económico o seguridad, los seres humanos desean que se reconozca su valor intrínseco, lo que él denomina *thymos*, un concepto tomado de la filosofía clásica para describir el anhelo de dignidad. Señala que, en la modernidad, este impulso ha evolucionado en dos direcciones: por un lado, el reconocimiento universal que impulsó el liberalismo democrático, basado en la idea de que todos los individuos merecen los mismos derechos; y por otro, el reconocimiento particularista, que surge cuando ciertos grupos sienten que su identidad cultural, nacional, religiosa o personal no recibe el respeto que merece. Fukuyama argumenta que el auge del populismo y los nacionalismos actuales, así como muchos movimientos sociales contemporáneos, se explican mejor por esta lucha por la dignidad y no solo por causas económicas. En este capítulo describe cómo las democracias liberales, al centrarse casi exclusivamente en el progreso material, pasaron por alto esta dimensión emocional y moral de la política, creando un vacío que ha sido aprovechado a por líderes y movimientos que apelan al resentimiento y al orgullo identitario.



2. La tercera parte del alma

Se retoma la idea de *thymos* de Platón para explicar cómo la búsqueda de reconocimiento va más allá de las necesidades materiales o del deseo racional de bienestar. Platón dividía el alma en tres partes: la racional, la apetitiva y la *thymotica*, esta última relacionada con el orgullo, el espíritu y el deseo de que otros reconozcan nuestro valor.

Fukuyama explica que este componente ha estado presente en todas las culturas y épocas, manifestándose en el honor, la valentía o la indignación ante la injusticia. Distingue entre *isothymia* (el anhelo de ser reconocido como igual a los demás) y *megalothymia* (el deseo de ser reconocido como superior), y señala que ambos impulsos siguen vigentes y marcan gran parte de los conflictos políticos actuales. Sostiene que mientras las democracias modernas se basan en la *isothymia*, muchos líderes autoritarios o movimientos populistas apelan a la *megalothymia* de ciertos grupos que sienten que su identidad o estatus ha sido menospreciado. Además, muestra cómo estas fuerzas, aunque opuestas, pueden coexistir y tensionar a las sociedades modernas: la igualdad universal choca con las ansias de diferenciación y orgullo, y es en ese

choque donde surgen nuevas formas de política identitaria.

3. Dentro y fuera

Este capítulo del libro explica cómo los seres humanos, por naturaleza, forman grupos definidos por la distinción entre quienes están “dentro” y quienes quedan “fuera”. Esta tendencia no es un simple rasgo cultural, sino un instinto profundamente arraigado que tiene raíces evolutivas: desde los primeros tiempos, pertenecer a un grupo significaba protección y recursos, mientras que quedar excluido suponía peligro. Fukuyama muestra cómo esta necesidad de pertenencia sigue presente hoy, manifestándose en familias, comunidades, religiones y naciones, pero también en colectivos políticos e identitarios más recientes. Señala que la lealtad hacia el grupo propio suele venir acompañada de desconfianza o rechazo hacia los demás, lo que puede generar cohesión interna, pero también conflictos externos. Además, analiza cómo los líderes y movimientos contemporáneos aprovechan esta dinámica para fortalecer su base política apelando a emociones primarias de pertenencia y exclusión. La identidad, dice, no surge de la nada



siempre se define en contraste con otros, y esto explica tanto la solidaridad intensa dentro de ciertos grupos como la hostilidad hacia quienes no comparten la misma cultura, religión o ideología.

4. De la dignidad a la democracia

El autor explica cómo las luchas por reconocimiento han sido la fuerza impulsora detrás del surgimiento de gobiernos democráticos modernos. Menciona que, a lo largo de la historia, la dignidad no se reconocía de forma universal, sino que estaba reservada a una élite, como ocurría con los nobles o con los ciudadanos varones en las antiguas repúblicas. Sin embargo, con el tiempo, las ideas ilustradas y las revoluciones sociales extendieron la noción de dignidad hasta abarcar a todas las personas, sentando las bases para exigir igualdad política y derechos universales.

Fukuyama destaca cómo el deseo humano de ser visto y valorado llevó a movimientos que derribaron monarquías absolutas y sistemas jerárquicos, abriendo paso a instituciones representativas. También explica que la democracia no solo responde a cálculos racionales sobre

intereses, sino a un impulso moral más profundo: el anhelo de respeto y reconocimiento para todos, sin distinción. Este cambio transformó la relación entre gobernantes y gobernados, pues ya no se trataba de súbditos obedeciendo por miedo o tradición, sino de ciudadanos reclamando su lugar como iguales en la esfera pública.

5. Revoluciones de la dignidad

Fukuyama analiza cómo el deseo de reconocimiento ha detonado movimientos sociales y políticos que transformaron países enteros. Explica que estas revoluciones no siempre nacen de la pobreza extrema, sino de la sensación de humillación o falta de respeto hacia determinados grupos o pueblos. Señala casos como la Primavera Árabe, la caída del comunismo en Europa del Este y otras movilizaciones recientes, mostrando que los ciudadanos salieron a las calles no solo para exigir mejores condiciones materiales, sino para reclamar dignidad y un trato justo. Fukuyama subraya que estos movimientos suelen ser espontáneos, impulsados por jóvenes, clases medias emergentes y redes sociales que facilitan la organización sin líderes tradicionales.



Sin embargo, advierte que, aunque logran derrocar regímenes autoritarios, no siempre desembocan en democracias estables, porque destruir un sistema es más fácil que construir uno nuevo. La búsqueda de reconocimiento colectivo puede generar esperanza y entusiasmo, pero también frustración si las expectativas no se cumplen, lo que explica por qué algunas revoluciones acaban en caos o regresión autoritaria.

6. Individualismo expresivo

En este capítulo el autor describe cómo, a partir de la segunda mitad del siglo XX, la búsqueda de reconocimiento dejó de centrarse en grupos amplios (como clases sociales o naciones) para enfocarse cada vez más en el individuo. Explica que este cambio cultural vino acompañado de la idea de que cada persona debe ser auténtica, vivir de acuerdo con su interior y no someterse a normas impuestas por la sociedad. Se analiza cómo el auge del consumismo, la psicología humanista y los movimientos juveniles de los años sesenta impulsaron la noción de que la realización personal y la autoexpresión eran el objetivo supremo de la vida. Sin embargo, Fukuyama advierte que este individualismo radical trajo consigo tensiones: debilitó las instituciones

tradicionales, como la familia o las comunidades religiosas, y generó sociedades más fragmentadas donde la identidad personal se convirtió en un asunto político. Además, señala que esta búsqueda constante de autenticidad no siempre produce mayor libertad, pues puede derivar en ansiedad, aislamiento y conflictos sociales, ya que cada grupo o individuo exige ser reconocido sin aceptar límites comunes.

7. Nacionalismo y religión

Fukuyama examina cómo estas dos fuerzas, lejos de debilitarse con la modernización y la globalización, han resurgido con enorme vigor en el siglo XXI. Explica que el nacionalismo y la religión brindan a los individuos un sentido profundo de pertenencia y de dignidad colectiva, funcionando como refugios frente a la incertidumbre cultural, el individualismo extremo y la homogeneización cultural que produce el mundo globalizado. A diferencia de las ideologías universales, como el liberalismo o el comunismo, estas identidades particulares se anclan en la historia, la lengua, la tradición y la fe, ofreciendo un sentimiento de arraigo que trasciende lo material.



Fukuyama describe cómo, tras la caída del comunismo, el vacío ideológico no condujo necesariamente a sociedades más cosmopolitas, sino que provocó un retorno a los vínculos más primordiales: nación, etnia y religión. Señala que este fenómeno no se limita a países en desarrollo o en transición, sino que también afecta a democracias consolidadas, donde la migración, la desigualdad y la percepción de pérdida cultural han impulsado movimientos nacionalistas y religiosos que cuestionan el orden liberal internacional. Ejemplos como el nacionalismo ruso, el resurgimiento islámico o el populismo identitario en Europa y Estados Unidos muestran que estas fuerzas pueden tener efectos desestabilizadores.

El autor aclara que el nacionalismo no es intrínsecamente negativo: puede ser una fuerza integradora si se basa en valores cívicos compartidos, en la lealtad a instituciones y no en la exclusión étnica. Sin embargo, cuando se transforma en una ideología cerrada y excluyente, alimenta el conflicto y socava la convivencia. Lo mismo ocurre con la religión: puede fortalecer la cohesión social y proporcionar un marco moral sólido, pero también ha sido utilizada históricamente para justificar intolerancia, violencia y división.

Fukuyama advierte que estas formas de identidad tradicional no desaparecen con la modernidad, sino que se reconfiguran y continúan influyendo en la política mundial, obligando a repensar cómo las sociedades democráticas pueden equilibrar la diversidad cultural con un sentido común de pertenencia.

8. La dirección incorrecta

El capítulo explica cómo el ideal de dignidad que dio origen a sociedades democráticas se ha desviado hacia formas de política que fragmentan en lugar de unir. Señala que, en lugar de centrarse en la igualdad y el reconocimiento universal, muchas sociedades modernas han caído en dinámicas donde grupos específicos buscan imponer sus agravios, reclamando atención exclusiva. Esto ha convertido la política de la dignidad en una política de resentimiento, en la que diferentes sectores –étnicos, religiosos o ideológicos– se encierran en sus identidades particulares y compiten por recursos y poder.

Fukuyama critica que tanto la izquierda como la derecha han contribuido a este problema: la izquierda, al priorizar constantemente causas identitarias específicas, y la derecha, al recurrir a



nacionalismos excluyentes y al miedo hacia los “otros”.

Todo esto ha debilitado la idea central de la democracia liberal, que debería basarse en un reconocimiento igualitario y en instituciones que garanticen derechos universales. Además, señala que esta tendencia erosiona la confianza social y alimenta populismos autoritarios que explotan el enojo colectivo, desviando a las sociedades de los principios que originalmente buscaban promover la dignidad humana para todos.

9. El hombre invisible

Aquí se aborda cómo amplios sectores de la sociedad se sienten ignorados y sin voz dentro del sistema político y económico actual. Describe que este sentimiento de invisibilidad no solo se relaciona con la falta de ingresos o empleo, sino con la ausencia de reconocimiento social: las personas no se sienten vistas ni valoradas por las élites políticas, los medios ni las instituciones. Fukuyama explica que esta frustración ha sido caldo de cultivo para el auge de movimientos populistas y líderes que prometen devolverles visibilidad y dignidad, aunque muchas veces lo hacen apelando al enojo y la división.

Señala que estos grupos no necesariamente buscan privilegios especiales, sino simplemente ser tomados en cuenta como ciudadanos plenos, con una identidad y un aporte que merece respeto. Al ignorar estas demandas, la política tradicional ha abierto la puerta a discursos que culpan a “otros” (inmigrantes, minorías o potencias extranjeras) de la pérdida de estatus, desviando la atención de los problemas estructurales reales. Fukuyama enfatiza que la raíz de este malestar no está solo en la economía, sino en una crisis profunda de reconocimiento, y advierte que, si no se atiende, continuará debilitando la cohesión social y poniendo en riesgo la estabilidad de las democracias liberales.

10. La democratización de la dignidad

Fukuyama explica cómo a lo largo de la historia se ha ido ampliando el concepto de quién merece reconocimiento y respeto, pasando de sociedades jerárquicas y excluyentes a sistemas más abiertos y democráticos. Muestra que, durante siglos, la dignidad estaba reservada solo a ciertos grupos (nobles, hombres, ciudadanos de ciertas razas o religiones) mientras que otros eran considerados inferiores o invisibles.



Con la llegada de las ideas ilustradas, la Revolución Francesa y el desarrollo de los derechos humanos universales se consolidó la noción de que todas las personas poseen un valor intrínseco que debe ser reconocido por igual. Fukuyama analiza cómo este proceso se profundizó con la expansión del sufragio, la lucha contra la esclavitud, los movimientos feministas y los movimientos por los derechos civiles, que exigieron que el reconocimiento no fuera un privilegio sino un principio universal. Sin embargo, advierte que este avance no ha estado exento de tensiones: a medida que más grupos buscan afirmación de su identidad, surgen choques con las élites tradicionales e incluso entre distintos sectores que reclaman visibilidad. Fukuyama sostiene que la democratización de la dignidad ha sido uno de los mayores logros de la modernidad, pues ha ampliado la base de legitimidad de los gobiernos y ha permitido sociedades más justas e inclusivas. No obstante, señala que este mismo proceso también ha dado lugar a nuevas formas de política identitaria, donde el reconocimiento colectivo a veces desplaza la idea de ciudadanía común. El capítulo invita a reflexionar sobre cómo mantener la igualdad de dignidad sin fragmentar la cohesión

social, y plantea que el verdadero desafío es construir un sentido de respeto mutuo que incluya a todos sin caer en exclusiones nuevas.

II. De la identidad a las identidades

El capítulo reflexiona sobre cómo la política contemporánea ha pasado de centrarse en la identidad nacional o cívica unificada a fragmentarse en múltiples identidades particulares. Señala que, en el pasado, muchos movimientos sociales apelaban a la dignidad universal y buscaban ampliar los derechos de todos, por ejemplo, el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos o la lucha contra el colonialismo. Sin embargo, en décadas recientes, la política de la identidad se ha ido desplazando hacia demandas más específicas de reconocimiento de grupos concretos, ya sean étnicos, religiosos, de género u orientación sexual. Esto, aunque legítimo en muchos aspectos, ha debilitado los lazos comunes que antes sustentaban la democracia liberal. Fukuyama advierte que este cambio tiene consecuencias profundas: en lugar de promover la integración, puede reforzar divisiones y dificultar la construcción de un sentido compartido de ciudadanía.



El autor explica que esta transformación no se debe solo a causas culturales, sino también económicas y tecnológicas. La globalización y la desigualdad han generado resentimiento, mientras que las redes sociales han potenciado la visibilidad y la capacidad de organización de comunidades muy diversas, pero también han creado cámaras de eco que intensifican el tribalismo. En este contexto, la política deja de ser una disputa por ideas generales sobre la justicia y se convierte en una competencia por el reconocimiento simbólico de cada grupo. Fukuyama advierte que esto abre espacio para que líderes populistas exploten el miedo o la frustración de las mayorías, presentándose como defensores de “la verdadera identidad nacional” frente a minorías percibidas como privilegiadas o favorecidas por las élites.

12. Nosotros, el pueblo

Fukuyama reflexiona sobre cómo la identidad colectiva se convierte en un motor decisivo para la acción política y social, pero también en un terreno minado si no se encauza de manera inclusiva. Expone que la frase “Nosotros, el pueblo”, tan central en muchas constituciones modernas,

refleja el poder de las comunidades para autodefinirse y reclamar un lugar en la historia, aunque esa fuerza puede usarse tanto para integrar como para excluir. El autor señala que el auge contemporáneo de los movimientos identitarios responde al anhelo de dignidad y reconocimiento, pero advierte que cuando estos movimientos se cierran sobre sí mismos, corren el riesgo de fragmentar a las sociedades y erosionar los cimientos democráticos.

Fukuyama analiza cómo, a lo largo de la historia, los proyectos nacionales se han construido sobre relatos comunes (lengua, religión, cultura o experiencias compartidas) que han dado sentido de pertenencia. Sin embargo, enfatiza que, en la actualidad, en sociedades plurales y globalizadas, esos relatos únicos ya no funcionan de la misma manera. Las democracias modernas enfrentan el desafío de redefinir el “nosotros” para incluir a grupos diversos sin perder cohesión. Para él, el gran peligro es que la identidad se convierta en un campo de batalla donde cada grupo busca privilegios o reconocimiento exclusivo, debilitando el interés general.

El autor propone que la clave está en recuperar un sentido amplio de ciudadanía basado en principios democráticos universales

y no en rasgos étnicos, religiosos o culturales. “Nosotros, el pueblo” debería significar todos los ciudadanos iguales ante la ley, con derechos y deberes compartidos, en lugar de un club cerrado.

13. Historias de ciudadanía

Dentro de este capítulo se analiza cómo la noción de ciudadanía se ha desarrollado en distintos contextos históricos y cómo ha sido clave para construir estados fuertes y sociedades cohesionadas. El autor muestra que la ciudadanía no es una idea universal que haya surgido de la nada, sino el resultado de procesos políticos complejos, luchas sociales y negociaciones entre gobernantes y gobernados.

Examina ejemplos concretos, como la evolución en Europa después de la Edad Media, donde los monarcas, para financiar guerras y fortalecer su poder, tuvieron que reconocer ciertos derechos a sus súbditos, sentando las bases de instituciones representativas. Este pacto implícito, como pagar impuestos a cambio de protección y participación, ayudó a transformar a poblaciones dispersas en comunidades políticas más integradas.

Fukuyama contrasta estos procesos con la experiencia en otras regiones, donde la ciudadanía no siempre se construyó sobre un sentido de igualdad cívica, sino a partir de relaciones clientelares o de identidad étnica y religiosa. Analiza cómo, en muchos países, el concepto de ciudadano se fue expandiendo lentamente para incluir a grupos antes marginados: campesinos, trabajadores, minorías étnicas y mujeres. En lugar de ser una dádiva desde arriba, la ciudadanía se ganó mediante luchas sociales y presión política, generando instituciones más inclusivas y cimentando la legitimidad del Estado moderno.

El capítulo subraya que la ciudadanía, entendida como pertenencia común y como igualdad ante la ley, es esencial para contrarrestar los peligros del tribalismo y las políticas identitarias excluyentes. Fukuyama advierte que cuando el vínculo entre ciudadanos se debilita, el espacio público se fragmenta y surgen conflictos que pueden amenazar la democracia. Sin embargo, señala que la historia demuestra que la ciudadanía puede evolucionar y fortalecerse cuando las sociedades logran generar acuerdos amplios que superen las divisiones culturales o de clase.

En síntesis, el autor propone ver la ciudadanía no como un concepto abstracto, sino como un logro político frágil, resultado de esfuerzos colectivos y de un equilibrio entre autoridad y participación.

14. ¿Qué hacer?

Aborda de manera directa las soluciones y caminos posibles para enfrentar los desafíos derivados de la política de identidad y el resentimiento contemporáneo. Señala que, si bien el reconocimiento de la diversidad y la identidad de distintos grupos es legítimo y necesario, la democracia liberal enfrenta el riesgo de fragmentación cuando esas demandas se priorizan por encima del interés común y de los principios universales. Para Fukuyama, la clave está en reconstruir un sentido de pertenencia compartido que articule la diversidad dentro de una identidad cívica inclusiva, basada en valores como la igualdad ante la ley, el respeto a los derechos humanos y la participación ciudadana. Esta identidad nacional cívica no borra las diferencias culturales, religiosas o históricas, pero establece un marco común que permite que los distintos grupos convivan sin que las tensiones se traduzcan en conflictos políticos destructivos.

El autor propone varias estrategias concretas: fortalecer las instituciones democráticas, garantizar la imparcialidad de los sistemas judiciales y políticos, mejorar la educación cívica para inculcar el respeto mutuo y el sentido de ciudadanía, y diseñar políticas sociales que reduzcan la sensación de agravio y exclusión. Fukuyama también enfatiza que los líderes políticos tienen un papel crucial: deben promover narrativas que integren a los ciudadanos, evitando discursos que exacerben miedos o privilegien a unos grupos sobre otros.

Asimismo, advierte sobre el impacto de la globalización y las redes sociales, que amplifican el resentimiento y pueden fragmentar aún más la esfera pública, por lo que la sociedad civil y los medios de comunicación deben asumir responsabilidades en la construcción de un diálogo respetuoso y plural.

En última instancia, Fukuyama sostiene que el desafío principal de nuestra época no es solo económico ni técnico, sino moral y cultural: aprender a equilibrar la legítima demanda de reconocimiento con la necesidad de mantener la cohesión social y la democracia liberal.



La pregunta “¿Qué hacer?” se responde con un compromiso activo por crear una ciudadanía inclusiva, fortalecer instituciones confiables y construir narrativas nacionales que permitan que la diversidad sea un elemento de riqueza y no de división. Solo así, afirma, será posible que la política de identidad deje de ser una fuerza destructiva y se transforme en un motor para sociedades más justas, cohesionadas y libres.



COMENTARIOS PERSONALES

Después de leer *Identidad: la demanda de dignidad y las políticas de resentimiento*, de Francis Fukuyama, me queda una impresión muy clara sobre la profundidad y relevancia de su análisis: el libro me hizo reflexionar sobre cómo la búsqueda de reconocimiento y dignidad está en el centro de casi todos los conflictos políticos contemporáneos, mucho más allá de la economía o la distribución de recursos. Me parece particularmente interesante cómo Fukuyama conecta ideas filosóficas clásicas, como el *thymos* de Platón, con fenómenos actuales como el populismo, los movimientos identitarios y el nacionalismo, lo que me permitió entender la política de identidad como un fenómeno estructural y no solo como un problema coyuntural.

Lo que más me llamó la atención es su planteamiento sobre la tensión entre el reconocimiento universal y el particular y cómo esa tensión puede fortalecer o debilitar la democracia según cómo se maneje. Personalmente, me hizo pensar en la importancia de construir un sentido de pertenencia cívica común que permita a los distintos grupos ser visibles y respetados sin fragmentar la sociedad.



CONGRESO
ESTADO DE MÉXICO



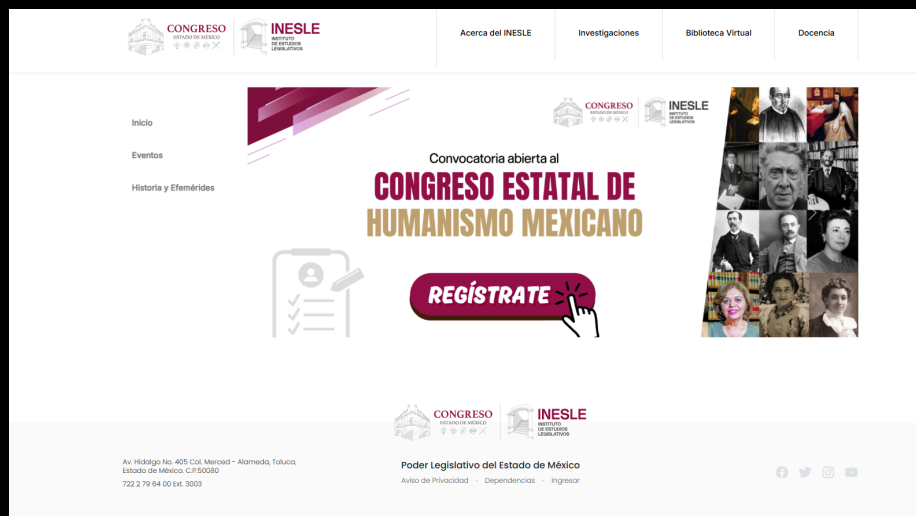
INESLE
INSTITUTO
DE ESTUDIOS
LEGISLATIVOS

También valoro la manera en que Fukuyama no se limita a diagnosticar problemas, sino que ofrece propuestas concretas, como fortalecer la educación cívica, las instituciones imparciales y las narrativas nacionales inclusivas.

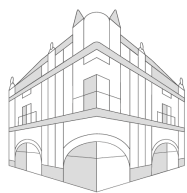
En general, creo que el libro es un llamado urgente a reflexionar sobre la relación entre identidad, dignidad y política, y me dejó la sensación de que cualquier intento de mejorar la democracia moderna debe considerar seriamente estas dinámicas de reconocimiento y pertenencia. Me hizo darme cuenta de que la política no es solo una cuestión de intereses materiales, sino también de emociones, valores y respeto mutuo, y que entender esto es clave para enfrentar los desafíos de nuestra época.

VISITA

NUESTRA PAGINA WEB



WWW.INESLE.GOB.MX



CONGRESO

ESTADO DE MÉXICO



INESLE

INSTITUTO
DE ESTUDIOS
LEGISLATIVOS

IDENTIDAD LA DEMANDA DE DIGNIDAD Y LAS POLÍTICAS DE RESENTIMIENTO

El uso de la información contenida en esta síntesis es exclusivamente con fines educativos y de difusión cultural, sin fines de lucro, con el único propósito de fomentar el interés por la lectura y el conocimiento de la obra original.

ELABORADO POR LUZ RAQUEL
CRUZ

Elaborado en colaboración con el
Comité Permanente de Estudios Legislativos del
Congreso del Estado de México.

722 279 6400 Ext. 3003 / www.inesle.gob.mx
Av. Hidalgo Pte, #405 Col. La Merced-Alameda,
Toluca, Estado de México, C.P. 50080